



EL ROSTRO EN MI MENTE

Anggy S. Rojas

EL ROSTRO EN MI MENTE



Primera edición: marzo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Anggy S. Rojas

ISBN: 978-84-19595-96-6

ISBN digital: 978-84-19595-97-3

Depósito legal: M-7176-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi Dios, Jehová, por darme este don de contar historias.
A mis padres, hermanos, amigos y a todos aquellos que
creyeron en mí.
Y a ti, que leerás este libro*

EL INICIO

Es una mañana demasiado fría del año 1995 en Wildville, una pequeña ciudad ubicada en el estado de Georgia. Nieva muy poco al norte del estado, pero según el informe climático este año la taza de precipitación subirá de una pulgada a veintitrés pulgadas de nieve. Así que pronto todo el pueblo estará cubierto de blanco y los niños saldrán a jugar en la nieve con sus abrigos de lana y bufandas hasta el mentón. Los Widswood están ansiosos de conocer a su primera hija. Salen de casa al hospital más cercano anhelando ese momento en que su bebé vea la luz por primera vez. En su trayecto, Thomas Widswood no deja de pensar en su amada esposa Emily y en la nueva integrante, Lizzie, nombre en honor a la abuela de Thomas.

La vida de los Widswood no era diferente de las demás. Eran trabajadores, honrados y cordiales. Emily era mesera de una cafetería —la misma desde secundaria—; ya llevaba cinco años en ese empleo, de hecho le encantaba. Thomas era empleado de un aserradero. Era competente y servicial. Tenían un sueldo que les bastaba para llevar una vida sencilla, sin muchos lujos pero feliz.

Emily empieza a sentir contracciones fuertes cada dos minutos. Thomas, asustado, recuerda las clases prenatales, así que anima a su esposa a respirar.

—Vamos, Em... Respira.

—¡QUÉ CREES QUE ESTOY HACIENDO! —contesta Emily un poco irritada.

—Lo sé, pero recuerda las clases, respira hondo y exhala suavemente, vamos —dice Thomas.

Emily lo intenta y efectivamente las contracciones son más llevaderas. Al llegar al hospital, los sobrepasa una ambulancia. Thomas frena abruptamente y ve como sacan en camilla a una mujer embarazada. Recuerda que va con Emily y sigue manejando, mientras ella sigue con sus ejercicios de respiración. Salen del auto y se dirigen a Urgencias. Allí una joven de unos veinte años, trigueña, cabello negro y crespo les da una cálida bienvenida.

—Buenos días... —nota que Emily está sudando y hace ruidos extraños con su boca, hasta que se percata de que debajo de toda esa ropa hay una mujer que está a punto de dar a luz. Y un poco avergonzada les dice—: Disculpen, de inmediato traigo una silla de ruedas.

Luego de menos de un minuto, regresa la joven junto con un médico. Él no era tan viejo, tendría unos treinta y dos años aproximadamente.

—Buenos días... ¡Vaya! Sonia, prepara todo, vamos a ayudar a esta joven. Disculpe, ¿su nombre es?

—Emily —dice Thomas.

—Muy bien, Emily, pronto se sentirá mucho mejor cuando tenga a su bebé en brazos —el doctor le sonríe muy afectuosamente.

En la habitación, Emily empieza a sentirse mal. El médico la revisa y sin más pide que alisten el quirófano. La bebé tiene enredado el cordón umbilical en su cuello. Sedan a Emily y proceden a intervenirla.

Después de una hora larga, el doctor sale del quirófano con su rostro un poco apesadumbrado.

—Doctor, ¿qué pasó? ¿Está todo bien? ¿Mi hija cómo está? —dice Thomas.

—Señor Widswood, su bebé está bien, podrá verla más tarde.

—Ay, doctor, qué bueno. Y mi esposa, ¿puedo verla? —Thomas nota que el doctor se tensa.

—Su esposa... sufrió un accidente cardiovascular...

Thomas lo interrumpe:

—¡Cómo que un accidente...! Pero ¿está bien...? Porque está bien, ¿cierto? —dice acercándose al doctor, esperando que sea afirmativa su respuesta.

—Thomas —el doctor hace una pausa mientras traga saliva—, hicimos lo que pudimos, pero ella no resistió, alcanzamos a salvar a su hija y fue en ese momento que todo empeoró. Lo siento mucho —posa su mano en el hombro izquierdo de Thomas.

—¿Qué? Esto debe ser una broma... —mientras, se aleja del doctor—. No puede ser —negando con su cabeza y alzando la voz—, no, no, no... —Thomas entra en *shock*.

—Thomas, tranquilícese —dice el doctor y grita—: ¡Enfermera! La vida de Thomas se desmorona inmediatamente. No puede oír nada, todo a su alrededor pasa rápidamente. Solo puede sentarse, y allí permanece, tratando de asimilar lo ocurrido. Después de unos cuantos minutos, Thomas Widswood entra en razón y comprende que Emily no volverá y que debe hacerse cargo de ese gran regalo que le dejó su amada esposa, Lizzie, su hija.

—Disculpe, señor, sabemos que está pasando por un mal momento pero necesitamos que firme algunos documentos —le dice Sonia, la chica de Urgencias.

—Sí, claro... —dice un poco aturdido—, pero antes, ¿puedo ver a mi esposa?

Thomas entra en la habitación donde tienen a Emily. Se ve tan fría, tan pálida, su hermosa sonrisa ha desaparecido; ahora son solo labios inertes, fríos, sin color. Es difícil para Thomas aceptar su pérdida, no sabe qué hacer sin ella, todo se vuelve oscuro.

—Em... —comienza a sollozar—, voy a extrañarte tanto... —su voz se entrecorta—, no sabes cuánto... —sus lágrimas brotan descontroladamente, su voz se quiebra y se ahoga en una tristeza silenciosa. Cuando logra reponerse, la ve por un instante y la besa por última vez.

Luego de despedirse de su amada esposa, se dirige a ver a su hija, pero se siente preso de los pensamientos negativos, piensa que, si no hubiesen tenido a la niña, ella estaría viva. Hasta que la ve allí frágil, pequeña e inocente. No deja de mirarla y ella le mira desde su pequeña cuna y siente como todo su ser empieza a adherirse a ella. Y no puede odiarla, no puede. Derretido por su

pequeña hija, promete cuidarla y protegerla de este mundo y sus perversiones. Así que desecha esos pensamientos y se compromete a criarla y educarla. Ahora solo puede pensar en su hija, su futuro y en cómo, gracias a ella, puede hallarle sentido a la vida.

THOMAS

Han pasado nueve meses desde la muerte de Emily y los problemas no paran de llegar. Hace dos días un hombre vino a informarme de que, por no pagar la hipoteca, tendría que desocupar la casa en menos de un mes y los pocos ahorros no alcanzarían para siquiera los intereses. Esa noche, mientras buscaba unos documentos, encontré el viejo álbum de la familia. ¡Qué momentos tan memorables! Mi madre siempre me llevaba a un parque cerca de casa, recuerdo que me encantaba montar en los columpios, me fascinaba sentir esos cortos momentos de vacío cada vez que me impulsaba en ellos. Cuando tenía ocho años, mi padre empezó a construir una cabaña en un bosque a unos cuarenta kilómetros de Wildville, en las inmediaciones con el estado de Carolina del Norte. La terminamos cuando tenía doce años. Después de la muerte de mi madre, mi padre me llevaba a la cabaña cada verano durante las vacaciones. Fueron épocas estupendas en las que disfruté de la naturaleza y aprendí técnicas de supervivencia, fue espectacular.

En ese momento entendí que, debido a las circunstancias, lo que podía hacer era irme con Lizzie a la cabaña de mi padre. Empezar de cero en un ambiente natural sin sufrimientos, donde no existe la maldad... eso es lo que quiero para Lizzie, una vida feliz lejos de todos los problemas de este mundo, de la corrupción, de los robos, asesinatos, violaciones, etc. Eso es lo que Em desearía en estos momentos tan difíciles.

Al día siguiente fui donde Ralph, un amigo de la infancia y que trabaja conmigo en el aserradero.

—¿Montana? ¿No es muy lejos? —dijo Ralph.

Era mentira, solo me alejaría unos kilómetros, pensé.

—Sí, bueno, allí tengo unos parientes.

—Tom, tú sabes que eres como mi hermano menor y te aprecio mucho. ¿Por qué quieres irte?

—Creo que nos vendría bien un cambio a Lizzie y a mí.

«No preguntes más, Ralph», me dije y suspiré.

—Bueno, si eso es lo que quieres. Y ¿cómo piensas pagar la deuda que tienes?

—Tú y Sara siempre quisieron comprarnos la casa, ¿no es así?

—Sí, Tom, pero ¿a qué viene eso?

—Bueno, Ralph, te la vendo. Así con lo que me des puedo pagar la hipoteca y los intereses, hasta me sobraría algo para empezar en Montana. ¿Qué dices? —Ralph es un hombre alto, pelirrojo, fuerte y decidido. Siempre le encantó nuestra casa, seguro que la compra. Sé que lo que quiere es mejorarla y lo que pido no es mucho, se hará de rogar, pero al final accederá—. Entonces, ¿qué piensas? ¿La quieres?

—Tom, es cierto que la quiero desde hace mucho, pero es tu casa y la de Emily.

—Sí, Ralph, pero Em... ya no está y necesito pagar las deudas, no me queda otra. Y te la ofrezco porque sé que la cuidarás.

—Bueno, Tom, tú sabes que Sara y yo los queremos mucho y les deseamos lo mejor —suspiró y se quedó pensativo por unos segundos—. Muy bien, te la compro. Pero pagaré justo lo que cuesta la casa, no menos.

—Ralph, no es necesario, lo que te pediré es más que suficiente.

—Tom, es eso o nada. Te conozco y sé que pedirás poco porque soy tu amigo.

Ralph no cambiará de pensamiento. Si acepto, tendré mucho más de lo que necesito. Aunque, pensándolo bien, me servirá a largo plazo.

—Muy bien, acepto.

Ese mismo día hicimos los papeles para dejar todo listo. Pero hubo algo que me molestó en demasía. Mientras esperábamos al

funcionario, el gerente de unos cincuenta y tantos años aproximadamente miraba morbosamente a una de sus empleadas que no pasaba de los veinticinco años. Quería golpearlo por pervertido, pero justo en ese instante volvió el funcionario.

Por un momento olvidé aquella escena, pero ahí no acababa todo. Cuando íbamos de salida, no sé si mis ojos me jugaron una mala pasada, aunque lo dudo, pero vi al viejo morbosito palmearle la nalga a la muchacha y ella le sonrió, pero al voltearse pude notar que le desagradó e hizo un gesto de desprecio, seguro dejó que lo hiciera para no perder su empleo, y no sé por qué imaginé a mi hija en una situación así y no pude soportarlo. En el auto no dejaba de pensar en eso, y me dije a mí mismo: «Tranquilo, pronto no tendrás que volver a ver este tipo de injusticias y tu hija nunca las sufrirá», así que me animé a seguir haciendo lo que tenía pensado.

Le dije a Ralph que si podía cuidar junto con Sara a Lizzie.

—¿A dónde vas, Tom? ¿Puedo acompañarte?

—No, todo está bien, es algo que tengo que hacer antes de partir.

Cogí el coche y manejé muy rápido. Lo dejé en una estación de gasolina cercana a la entrada de la cabaña. Me interné en el bosque, los árboles estaban más grandes de lo que recordaba. Seguí el camino, hasta que llegué a aquel árbol inmenso que dividía el sendero de la cabaña y la montaña. Así que ese árbol era la señal de desvío. Cojo el camino hacia la cabaña. Camino más rápido, paso por un arroyo y sigo una hora más. Hasta que llego al Paraíso —mi padre lo llamaba así porque era un lugar maravilloso—, con una cascada espectacular y el agua era de un color verde intenso; conoce este sitio, así que siempre nadábamos allí, era nuestro lugar favorito. Camino un poco la zona está hecha un desastre y parece como si nadie jamás hubiera caminado por aquí. Hasta que la vi. Ahí estaba la cabaña de mi padre. Estaba un poco maltrecha, pero habitable. Acomodé algunos muebles, quité el polvo, revisé si todavía servía el grifo. Así era, funcionaba bien. Tenía que abastecer la cabaña, hasta que Lizzie tuviera la edad suficiente para quedarse sola. Empecé a planear cómo haría para traer las cosas allí.

Durante esa semana fui llevando algunos materiales para arreglar algunas partes de la casa; por ejemplo, el techo tenía una abertura producto de un tronco que cayó, tal vez por una tormenta hace pocos días, tuve que quitarlo y cubrirlo de nuevo; las ventanas estaban sucias, cambié algunas rotas; además, hice varios viajes para llevar comida no percedera que durara por un tiempo para no tener que salir pronto y así no tener que dejar sola a Lizzie. Tendría que volver a poner en práctica mis técnicas de supervivencia, como poner trampas, cazar, pescar, etc. Tenía trabajo por hacer, debía ser discreto, nadie debía enterarse de mis planes.

Cuando volví a Wildville ya era de noche. Ralph y Sara estaban con Lizzie, ella jugaba con unas muñecas que le habían regalado. Verla tan contenta me ponía feliz, me convencí de que lo que estaba haciendo era lo correcto para ella. Pero cuando fuera más grande y quisiera explorar el mundo, solo tal vez lo pensaría para dejarla ir.

Ha llegado el momento, dentro de pocos minutos estaré de viaje a Montana, bueno, a la cabaña de papá, pero eso no lo saben ellos.

—Los vamos a extrañar —dijo Sara mientras me abrazaba.

—Tom, no olvides visitarnos o al menos llamarnos de vez en cuando, tú sabes que te queremos mucho a ti y a Lizzie. De hecho, cuando llegues, por favor, envíanos tu dirección para poder visitarlos pronto —dijo Ralph.

—Claro, yo te envío la dirección por carta —eso no lo veía venir, estoy seguro de que lo harán; cuando vean que no estamos en Montana, nos buscarán y eso sería un problema. Tendré que hacer una llamada urgente—. Bueno, amigos, gracias por todo, por su apoyo con lo de Emily y cuidando de Lizzie, los llevaré en mi corazón.

—Bueno, ya no seas dramático, ni que no nos volviéramos a ver —dijo Sara.

—Muy bien, Lizzie, despídete —los acarició y les mandó besitos.

Me subí al tráiler y encendí el motor; mientras salíamos, eché un vistazo al retrovisor y allí estaban Ralph y Sara alzando su mano en señal de despedida; en mi mente dije: «Lo más seguro es que no los vuelva a ver, así que, adiós, amigos».

Me dirigí a Cleveland, donde me esperaban varias personas a quienes había contactado antes para donar los muebles y varias cosas que no necesitaría en la cabaña. De ahí fui a devolver el tráiler, luego recogí un auto de segunda que había comprado días antes, más específicamente un Civic CVCC, y conduje hasta llegar a la estación de gasolina, donde de inmediato llamé a una amiga de Emily que vivía en Montana.

—Aló, ¿Sophia?

—Sí, con ella, ¿quién habla?

—Hola, soy Tom Widswood.

—Hola, Tom, dime, ¿pasó algo?

—Sí, más o menos. Resulta que tuve que salir de Wildville porque quise empezar una nueva vida en Canadá. A Emily le hubiese fascinado, tú sabes.

—Sí, claro, lo sé.

—Entonces yo di tu dirección y les dije que me iría a vivir allí.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Lo siento, Sophia, estaba agobiado porque me molesta que sientan pesar o lástima por mí. Así que en un momento de enojo dije que me iría a vivir a Montana y les di tu dirección como mi nueva residencia. Pero por eso te llamo. Para pedirte perdón, no debí haber hecho eso, pero también para pedirte que si llegan a tu casa preguntando por mí, diles que viví un mes y que me fui a Canadá porque me salió un buen trabajo allí.

—Ay, Tom... Yo te entiendo... Está bien, hare lo que me pides. ¿Y para dónde te vas con Lizzie?

—A Canadá, no es mentira que me salió un excelente trabajo en Vancouver, así que apenas me instale, llamaré a mis amigos para decirles dónde estoy. Discúlpame de nuevo por lo que hice, solo quería escapar de todo lo que me recuerda a Emily.

«Otra mentira más, pero necesaria», me dije.

—Bien, Tom, te comprendo, cuando murió mi hermano... también quise escapar, pero Brad, él me sostuvo —Brad es el esposo de Sophia—. Así que ánimo y que te vaya muy bien en Canadá; si vienen por mi casa preguntando por ti, les diré que estás muy feliz allí y que pronto los contactarás.

—Sophia, no sabes cuánto te agradezco, tú también cuídate. Adiós —colgué.

Volví a conducir y entré por un camino que dirige a unas cuantas cabañas pero que también tiene un desvío a un camino sin salida y solitario. Estando allí, Lizzie dormía profundamente. Escondí el auto con varios arbustos, ya en la mañana lo llevaría al parqueadero de la estación. Me puse el cargador y puse a Lizzie contra mi pecho, cogí las maletas y empecé mi caminata hasta la cabaña.

Al llegar allí, descargué el equipaje y acosté a la bebé en la cuna que hice para ella. Me senté frente a ella y me puse a observarla. Al fin estábamos a salvo, mi hija no tendría que sufrir por nada, tendría un futuro lejos de la maldad y yo no tendría que preocuparme por espantarle patanes o controlarle las llegadas tarde a casa después de fiestas descontroladas. No, viviría en el bosque conmigo, para siempre.

LIZZIE

Cabello rojo como la sangre, ojos azules como el océano, tez blanca como la nieve. Mi padre siempre me ha dicho que me parezco mucho a mi madre. Veo mi reflejo en el agua una y otra vez y la verdad no sé si lo dice solo porque me parezco a ella en el físico. Me pregunto si ese parecido es en el exterior o si soy como ella en su interior. Lo poco que sé de ella es que trabajaba en una cafetería, que era muy sociable, bondadosa, apasionada y que por eso murió. No entiendo cómo puede morir una persona así. El recibir un poco de su amor y cariño sería un sueño hecho realidad. Pero ya no está. El mundo anterior me la quitó, no tuve una figura materna en mis veintidós años de vida, solo a mi padre. Él me ha cuidado y me ha enseñado todo lo que sé. Ha sido mi profesor, gracias a él sé leer y escribir. Sé lo básico en matemáticas, biología e historia. También me enseñó a sobrevivir en el bosque, puedo cazar mi propio alimento, pescar y defenderme de animales salvajes. Él es mi biblioteca. Pero quisiera haber conocido a mi madre, saber qué le gustaba, qué no le gustaba o qué deporte jugaba antes del Apocalipsis. No lo sé...

Por eso vivimos en el bosque. Mi padre me ha dicho que antes del Apocalipsis las personas hacían cosas malas y en parte perdieron su humanidad, se peleaban unos con otros, sobre todo entre gobernantes, lo que los llevó a una gran guerra y a su destrucción. Quienes sobrevivieron ahora viven en las Rocosas, que son las ciudades destruidas, así las llama mi padre. Cualquiera que vaya hacia allá no vuelve jamás. Así que no puedo pasar de los Límites que me

separan del bosque y de las Rocosas. Están demarcadas por una letra L invertida en la parte superior del tallo de ciertos árboles e indican que hasta allí puedo llegar.

No he visto a ningún ser humano aparte de mi padre. Bueno sí, una vez cuando era muy pequeña; la verdad, tengo recuerdos borrosos sobre eso. Algunos no se atreven a venir al bosque porque les tienen miedo a los monstruos que habitan estas zonas. Al principio vi a uno desde lejos, era negro, de cuatro patas y rugía muy fuerte. Mi padre dice que era una pantera y que no debo acercarme nunca. La verdad es que no me parecen monstruos, para mí son criaturas hermosas y fascinantes. Por eso dibujo, me encanta plasmarlas en papel. De hecho, tengo muchos bocetos. No sé en qué momento empecé a dibujar, pero cuando lo hago siento que me transporto a otro mundo y puedo salir de este bosque.

Ya es tarde, es hora de volver a la cabaña. Si mi papá no me ve, se pondrá furioso.

—¿Dónde estabas?

—Papá, estaba en el Paraíso, pintaba un poco y perdí la noción del tiempo. Lo siento, no volverá a suceder.

—Ya sabes que no puedes estar sola en la noche allá afuera. Y mucho menos pasar los Límites, recuerda lo que pasa con las personas que se llevan a las Rocosas.

Cuando atrapan a alguien, lo llevan allá y los torturan. A algunos los meten en ataúdes y los dejan ahí por largo tiempo, hasta que mueren. ¡Qué horror! A otros los golpean brutalmente o los meten en jaulas con monstruos como alimento y lo peor, si eres joven te comen, ya que eres carne fresca. De solo pensarlo me da terror.

—Lo sé. Perdón. Y recuerdo muy bien lo que me dijiste de este sitio.

—Bien, no lo olvides. Me dijiste que ya se te estaban acabando las pinturas y los colores, así que te conseguí esto.

Era un cofre con muchas pinturas de todos los colores, había pinceles, colores, lápices al carbón, etc. No solo era un cofre, era mi cofre del tesoro.

—¿Todo es mío?

—Sí, pero con una condición: si vas a pintar, hazlo aquí. ¿Para qué tienes que irte hasta el Paraíso? Aquí tienes un excelente paisaje.

—Sí, papá, pero es que allí puedo inspirarme, no sé, es un lugar mágico.

—Está bien, pero tienes que estar en la cabaña antes de las seis. Si te pasas de tiempo, te quito el cofre y no vuelves a verlo. Ahora ven a cenar.

La primera vez que hice enojar a mi papá fue cuando tenía como ocho años, él se había ido a cazar y yo salí a caminar. Caminé tanto que llegué al Paraíso. Luego no supe cómo regresar. Mi papá me encontró al día siguiente, estaba dentro de la corteza de un árbol grande, que formaba una especie de silla, allí me quedé dormida; y es ahí donde guardo mis más preciados dibujos; como el retrato de mi madre. Aquella noche no me atacó ningún animal, por suerte. Desde ese día, mi padre me cuida mucho y me castiga cuando le desobedezco. No deseo que se enoje de nuevo. Mañana temprano, apenas mi padre salga de cacería, iré de nuevo al Paraíso, pero antes pasaré por los Límites, quiero volver a ver ese pájaro de colores para dibujarlo.

Es de mañana y mi padre acaba de irse, es el momento. Empacaré un poco de pan, fruta y agua. Va a ser un largo día, espero ver cosas fascinantes el día de hoy. Me iré por el atajo, no es tan seguro, pero llegaré más rápido. Mientras caminaba, lo escuché, es el pájaro iris —así le puse porque es de varios colores—.

—Ya te tengo. No, no te vayas.

Empiezo a correr a ver si lo alcanzo. Pero no lo logro, se escapa de nuevo. Pájaro escurridizo... Un momento... Este lugar no es conocido. No lo reconozco. ¿Qué es eso...? ¿Son voces...? ¿Son personas? Me escondo detrás de unos arbustos... Sí, son personas, son ocho en total, cuatro hombres y cuatro mujeres. Son muchos... Se están riendo entre ellos. Parece que van a la montaña. ¡Ay, no!, he pasado los Límites. Ojalá no me vean, no quiero que me lleven a las Rocosas.

—¡Esto es maravilloso! Qué bueno sería poder vivir en el bosque.

—Por Dios, Lauren, eso es muy cavernícola.

—No lo digo por eso, Sharon. Debe ser muy tranquilo y hasta divertido vivir aquí. La ciudad es muy ruidosa y molesta. Tanto tráfico y contaminación me estresan.

—Tienes razón, Lauren, mis padres tienen una cabaña en Montana y son deliciosas las vacaciones allí.

—Gracias, Mike, tú sí entiendes lo que digo.

¿La ciudad? ¿Acaso no está todo destruido? Y su ropa... es como la que aparece en el álbum de fotos de mis padres. No como viste mi papá ahora, con andrajos, porque según él, después del Apocalipsis, la gente, al perder su humanidad, también perdió cómo vestirse bien, «el sentido de la moda», algo así dice él.

—Oye, Christopher, ven, no te quedes.

Parece que se van. Me asomo un poco para confirmar que no hay nadie, pero uno se ha quedado allí y tiene algo en las manos. Me levanto un poco más para ver. ¿Es una cámara? Está apuntando hacia... ¡ACÁ! Me agacho de inmediato. Estoy temblando. ¿Me habrá visto? ¿Qué hago? Escucho desde lejos:

—¡Christopher!

—¡Voy detrás, Maggie!

Después de unos segundos ahí escondida, vuelvo a asomarme y ya no están. Se han ido. Mi corazón late a mil por hora, sentí un temor horrible. Qué tonta, no me fijé y pasé los Límites, no quiero imaginar lo que habría pasado si me hubieran visto. Me torturarían en las Rocosas y quién sabe qué más cosas... Pero por qué hablaban como si no pasara nada. ¿Por qué tenía una cámara? Es como si el mundo más allá del bosque estuviera bien. ¿Se habrán logrado recuperar después de todo? Niego con la cabeza. «No lo sé, pero por nada debes volver a pasar los límites, Lizzie», me dije.

Me dirijo al Paraíso, pero no dejo de pensar en lo que hablaban ellos, sobre las ciudades. ¿Le cuento a mi padre lo que pasó...? Mejor no, puede quitarme el cofre y no podré volver a pintar. «Muy

bien, me acomodaré y trataré de pintar al pájaro iris», me digo tratando de aclarar mi mente, pero es imposible, no puedo concentrarme. Tendré que dejarlo para después. Más bien regresaré a casa, no vaya a ser que esas personas pasen los Límites y me vean.

Al regresar a la cabaña, noto que mi padre no ha llegado. Y es raro porque él siempre está temprano. Iré preparando la cena para cuando llegue. Todavía tenemos conejo.

—¡Lizzie, ven rápido!

Es papá, ¿qué habrá pasado?

—Papá, ¿qué paso? —su mano está sangrando.

—De regreso me tropecé con un tronco y caí sobre una de las trampas —dijo.

Lo ingreso a la cabaña. Le lavo la mano con agua pura, luego la desinfecto y le pongo la gaza.

—Papá, se están acabando las medicinas —le digo.

—Está bien, la otra semana iré a conseguir más.

—¿A dónde, papá? ¿Al mismo sitio donde conseguiste el cofre?

—le pregunto mientras le pongo una venda en la mano y espero su respuesta con curiosidad.

—Claro, allí consigo todo lo que necesitamos. ¡Au! —le aprieto la herida con la venda.

—Perdón... ¿Y ese sitio tiene algún nombre? —le pregunto mientras miro su rostro. Sus ojos dejan de enfocarse en la mano y buscan en donde posarse para responderme.

—Bueno, se llama *supermarket* —lo decía mientras se levantaba y cambiaba de conversación—. Es hora de dormir, Lizzie.

—Pero no se supone que todo quedó destruido, ¿por qué habría un *supermarket*?

—Lizzie, aunque todo está destruido, hay algunos sitios que no han perdido su nombre, pero es muy peligroso, por eso solo puedo ir yo. Ya sabes lo que pasaría si tú fueras. Pero ¿por qué la pregunta?

—No, por nada —digo mientras limpio y recojo las gasas con sangre del suelo.

—Bueno, iré a dormir, estoy cansado. Buenas noches, Lizzie.

—Buenas noches, papá.

Esto no me suena para nada bien. Mi papá esconde algo, lo conozco. Pero ¿y si es cierto?, ¿y si de verdad existe este sitio y solo puede ir él? Ay, no sé... ojalá pudiera pasar los Límites y verlo con mis propios ojos. Pero por ahora tengo que permanecer aquí.

Me preparo para descansar. Mientras me cepillo los dientes, no dejo de pensar en todo lo que pasó. Algo dentro de mí me dice que algo no está bien. Pero por qué dudo de mi padre, si él siempre me ha protegido y me ha enseñado todo lo que sé. «En vez de estar pensando en eso, duérmete, Lizzie».

—¿Eres tú?

La luz no me deja ver bien su rostro. ¿Quién será? Muevo mi cabeza un poco a la derecha para evitar el sol. ¡Es él! A quien vi en los Límites. Lo reconozco de inmediato, su rostro es... tan hermoso.

De pronto me despierto. Era un sueño, pero recuerdo muy bien su rostro. Tengo que retratarlo, no deseo que desaparezca de mi mente. Mi padre se ha levantado temprano y se alista para salir. Seguro que para vigilar los Límites de la zona oeste de la cabaña. Ya tengo el retrato de mis padres, pero él es diferente. Sus ojos me llevan a un lugar maravilloso. No sé qué me pasa, tal vez me estoy volviendo loca.

Trazo algunas líneas para formar el rostro, luego dibujo el contorno de los ojos, sus labios, su nariz, sus cejas. Me toma poco más de una hora. Hasta que lo tengo, su retrato. Me pregunto si volveré a verlo de nuevo. «Para eso, tendría que ir más allá de los Límites —me digo—. Pero qué te ocurre, Lizzie, no sabes si esas personas son buenas o malas. Y si los encuentras o lo encuentras a él, qué te garantiza que no te lleven a las Rocosas. Tienes que olvidarte de él». Rompo el retrato y lo entierro. Pero, aun así, no dejo de pensar en él... Christopher.

Después de meditarlo, decido volver a los Límites, a ver si tal vez vuelva a verlo de lejos. Pero no, es imposible, así que subo un

poco más sin pasar los Límites. Llego a una gran roca, empiezo a escalarla hasta llegar a la cima. Cuando lo hago, veo por primera vez lo que hay más allá. Pero solo veo árboles y una colina. ¿Y si los de las Rocosas están enviando gente al bosque para ver qué encuentran? Eso quiere decir que no falta mucho para que nos encuentren. Debo decírselo a mi padre. Pero ¿qué es eso detrás de la colina? Es... ¿humo? Deben ser ellos. Pienso en volver al lugar donde los vi, tal vez con la esperanza de encontrar algo de ellos. Pero no hay nada. Hasta que debajo de una hoja veo algo que brilla, me acerco para que ver qué es. Es un bolígrafo plateado, no se ve viejo. Hay algo escrito, dice «Hospital St. Loren, Dr. Douglas Myers». ¿Hospital? Pero ¿cómo es posible? Se supone que todo está destruido. Papá me ha dicho que no quedó ningún edificio en pie, todo está en ruinas, por eso les llama las Rocosas.

Mi cabeza empieza a dar vueltas, siento que me mareo. Me desestabilizo y caigo en el suelo, me quedo allí boca arriba viendo la copa de los árboles y los pocos rayos del sol que alcanzan a entrar. Cierro los ojos por un momento tratando de tranquilizarme, respiro profundamente. Mi rostro se siente cálido. Este golpe me ha hecho ver con claridad. Llego a la conclusión de que tal vez nunca hubo un Apocalipsis. Abro mis ojos. Para cerciorarme de eso, debo ir más allá. Pongo fecha para realizar mi viaje, será en un mes. Pero mi padre no debe saberlo. Cuando sepa qué ocurre, le diré todo.

MÁS ALLÁ

Durante un mes empiezo a planear mi ida. Calculo el tiempo que me tomaría llegar a la montaña, luego de ahí a más allá. Y cómo no sé qué pueda encontrarme después de la colina, debo prepararme hasta los dientes. Caminando hasta el Paraíso me toma más o menos una hora, pero si voy por el atajo, unos veinte minutos y de ahí a los Límites, una hora. Así que tres días por semana decido correr hasta los Límites para saber cuánto tiempo me tomaría. El hecho de que haya vuelto a soñar con ese rostro es extraño y más si son más de tres días seguidos. Sé que quieren decirme algo y tendré que averiguarlo.

Contabilizo con el cronómetro y corriendo hasta los Límites me lleva una hora y media, descansando diez minutos. El día de la travesía será mañana, para eso marcaré ciertos sitios o árboles dado el caso y los dibujaré para tener un mapa, así no me perderé. Mi padre cada mes se va durante cuatro días y cuando vuelve, llega con ropa nueva, a veces zapatos, comida, implementos de aseo. Ahora sé dónde consigue todo eso, en el *supermarket*. Mañana se irá y será mi oportunidad de ir más allá y saber qué ocurre.

Mi papá ha preparado la cena. Es pájaro asado, mi favorito. Está delicioso.

—Lizzie, mañana saldré durante cuatro días, conseguiré medicinas y otras cosas que necesitamos. ¿Te traigo algo?

—No, papá, estoy bien, no me hace falta nada —estoy nerviosa. No sé qué me deparará el viaje de mañana.

—Hasta dentro de un mes no vuelvo a salir. Es muy peligroso salir muy seguido —lo dice mientras se mete a la boca una cucharada de arroz.

—¿Y ese *supermarket* queda en las Rocosas? —le digo con curiosidad mientras disimulo cortando un pedazo de carne.

—Cerca, Lizzie, por eso es peligroso, ya te lo dije. ¿Segura de que no necesitas nada? —de nuevo cambiando la conversación. Pienso en qué decirle.

—Bueno, la toalla ya está muy gastada, ¿podrás conseguirme una?

—Veré si tienen.

Durante la cena noto que mi padre no deja de mirarme. Seguro que le recuerdo a mamá, debe extrañarla mucho.

—Te has vuelto muy hermosa, Lizzie. Tu madre estaría orgullosa en la mujer en que te has convertido.

Mi padre me mira por última vez lanzándome una sonrisa y se levanta de la mesa. Esa sonrisa... nunca la había visto. No sé por qué, pero me dio escalofríos.

—Te toca lavar los platos —dice mientras se aleja a su dormitorio.

Me levanto y los llevo al fregadero. No dejo de pensar en mi expedición de mañana. Tengo que ir muy preparada, con suficiente agua, comida y, por si las moscas, una navaja. Miro a través de la ventana, está anocheciendo, puedo ver el pequeño río que pasa al lado de la cabaña y veo el reflejo de la luna llena; esta noche está brillando más que de costumbre. ¿Significará algo? Y vuelve ese rostro a mi mente. ¿Soñaré de nuevo con él? No lo sé, pero si así es, ya no es coincidencia. Me acuesto en mi cama y me quedo mirando el techo de mi habitación, y en poco me quedo dormida.

—¿Eres tú?

—¿Tú de nuevo? —digo.

—Sabía que existías. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo...

—¡Lizzie! Despierta.

—¿Qué pasó? —digo asustada. Mis pensamientos están en ese sueño. Mi corazón palpita rápido y muy fuerte.

—Ya voy de salida, quería despedirme de ti —papá me abrazó fuerte y me dio un beso en la frente.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Son las seis de la mañana —mira su reloj y me dice—: Cuídate, recuerda que no debes estar afuera en la noche.

—Sí, papá, lo sé, no te preocupes, estaré bien.

—Bien, nos vemos en cuatro días.

—Que te vaya bien, papá.

Se levantó, agarró su maleta y salió de mi cuarto. Lo escucho bajando las escaleras y cerrando la puerta principal de la cabaña. Me asomo por la ventana y lo veo alejarse. Entro al baño y me doy una ducha. Me pongo un *jean* un poco gastado, una camiseta sencilla y unas botas que mi padre me trajo el mes pasado. Empaco en mi mochila dos botellas de agua, dos bananos, dos manzanas, un poco de pan, el cronómetro, un cuaderno, un lápiz y la navaja. Cierro todas las ventanas y la puerta, es raro, dado que somos los únicos en el bosque, pero uno nunca sabe, siempre se lo he escuchado decir a papá.

Pongo el cronómetro y empiezo a correr. Paso el Paraíso hasta llegar a los Límites sin parar a descansar. Miro el reloj y llevo una hora y veinte minutos. Tomo un poco de agua y empiezo a caminar más allá de los Límites. Decido ir derecho sin desviarme. Llevo caminando más de una hora y he llegado a un arroyo. Entonces lo dibujo en mi cuaderno como una señal más. En el mapa he puesto varias letras: a la cabaña le puse una C, al Paraíso una P, a los Límites una L, al arroyo una A y que también marqué cerca en un árbol. Es lo más obvio. Descanso unos diez minutos, en mi reloj son las nueve y cuarenta y cinco. Me como un trozo de pan, dos bananos, una manzana y tomo un poco de agua. Me levanto y sigo mi camino. Son las diez y media, alcanzo a visualizar un árbol

grande. Empiezo a sentir un poco de miedo, jamás había estado tan lejos de casa. Tomo un sorbo de agua. No sé si será lo correcto, pero ya he caminado mucho y no veo señales de «más allá», pero no voy a darme por vencida ahora. Veo que a unos cien metros hay un camino, se nota que está hecho por el hombre. Vuelvo a mi cuaderno, dibujo el árbol y el sendero, escribo una AD, como «árbol divisor». Sigo derecho, camino una media hora más y, a medida que me acerco a la colina, escucho sonidos. Son las once en punto. Subo la colina y hay una carretera. Pasando hay una estación de gasolina y una cafetería. Todo parece normal, nada está destruido. Paso la carretera con mucha cautela y veo autos, como los que hay en el álbum de mis padres. Todavía existen, aunque diferentes. Empiezo a asustarme. La gente que está en la estación de gasolina me mira raro. Empiezo a retroceder lentamente y choco con algo. Me volteo, pero el sol me impide ver qué es. No veo nada.

—¿Eres tú?

Esa voz... Cuando logro ver... ¡Es él...! Es a quien vi en los Límites.

—¿Tú de nuevo? —digo.

—Sabía que existías. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿Te he buscado por todos lados?

Me he quedado sin palabras. Creo que he entrado en *shock*. No puedo moverme. Estoy como una momia.

—¿Estás bien...? Estás pálida... Ven conmigo.

Siento su mano en mi brazo. Parece que levito. Me dirige a la cafetería y delicadamente me sienta, él también lo hace. No deja de observarme. Yo hago lo mismo, pero no puedo sostener tanto la mirada, volteo a mirar a la pared detrás del mostrador. Y veo fotografías recientes de personas en diferentes lugares del mundo.

—Buenos días, ¿qué desean? —dice la mesera.

—Tráeme un café —dice Christopher. La mesera, que está masticando algo en su boca, me observa esperando algo—. ¿Qué quieres tomar? —me dice Christopher. Empiezo a tartamudear.

—Na... Nada, gracias.

—Tráele un té, por favor —le dice a la mesera. Ella se va hacia el mostrador—. Estás muy pálida. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —lo digo secamente.

—Sabía que no eras una ilusión. Mira —él saca algo de su mochila. Es la cámara que llevaba cuando lo vi por primera vez. Me acerco para ver mejor y allí aparezco escondida en unos arbustos—. Eres tú. Bueno, no se ve muy bien, pero es innegable, esa eres tú. No me creerás si te digo que he soñado contigo.

—¿Tú también?

«Lizzie, cállate, qué estás diciendo, tienes que irte ya de ahí, ¡ahora!», me digo.

—¿Cómo? ¿Tú también has soñado conmigo? —otra vez nos miramos, es como si nuestros ojos fueran imanes. Trago saliva. Creo que mis manos están sudando—. Sabes, mis amigos me decían que estaba loco, que tú no existías. Pero aquí te tengo frente a mí, cómo no vas a existir. Te he buscado por todas partes, incluso pensé en irte a buscar al bosque, allí fue donde te vi. Pero tú has venido a mí —sonrió satisfactoriamente.

—Tengo que irme —digo en un tono asustado.

—¿A dónde? ¿Al bosque? ¿Vives allí?

—No te conozco. No sé qué hago aquí —intento pararme para salir de allí.

—Tranquila. No voy a hacerte daño —me coge la mano y ahí está otra vez ese sentimiento de tranquilidad y de paz que no solo veo en sus ojos, sino que sus manos también transmiten—. Solo quiero conocerte —me aprieta la mano delicadamente—. Ni siquiera sé tu nombre. Por cierto, me llamo Christopher —estrechándome su mano y yo hago lo mismo—. ¿Cuál es tu nombre?

Cómo no voy a responderle, si esto es lo que había deseado durante un mes, volver a verlo. Y ahora con su mano en la mía.

—Me llamo Lizzie —contesto mientras me siento.

—Lizzie, qué hermoso nombre. Es un nombre propio de una reina —vuelve a sonreírme. Siento que me convierto en gelatina, todo me tiembla—. ¿Quieres comer algo? ¿Unos panqueques quizá?

—¿Panqueques? Siempre he querido probarlos.

«Qué dices, Lizzie. Él debe pensar que eres una loca. Piensa antes de hablar. Tranquilízate, por Dios».

—Disculpa —llamando a la mesera—, elimina el pedido anterior y mejor tráenos dos panqueques junto con dos Coca-Cola.

«¿Coca-Cola? ¿Qué es eso? Suena raro. Cálmate, Lizzie», me digo.

—¿Cómo así que nunca has probado panqueques? —me pregunta con mucha curiosidad.

—Bueno, es que a mi papá no le gustan.

—¿Y por eso no te da?

—Así es. Además porque, según él, eso ya no existe —volteo mi rostro a otro lado y veo a una pareja sentada en la esquina de la cafetería, se están besando. Al ver eso, me empiezo a sentir incómoda, pero al mismo tiempo siento una extraña sensación que alborota mi corazón. No sé explicarlo.

—¿De verdad vives en el bosque? —dice él.

—Sí —volteo a mirarlo abruptamente.

«Pero qué dices, Lizzie...».

—¿Estudias en la universidad?

—¿Estudiar...? No... Yo dibujo.

—Qué bien. ¿Y qué te gusta dibujar?

—De todo un poco, pero me gusta hacer retratos.

—¿Puedes retratarme? Seguro que eres una excelente dibujante.

—Sí, claro, pero justo ahora no tengo mis materiales de dibujo —no deja de mirarme y de sonreír plácidamente.

—Está bien, será en otra ocasión. Porque habrá otra, ¿cierto, Lizzie?

Sí, lo deseo con todo mi corazón, pero no puedo decirle eso. Tengo que volver. Llega la mesera con los panqueques y dos vasos con algo negro que burbujea.

—Gracias —lo decimos al mismo tiempo y nos reímos de eso.

—¿Volveré a verte, Lizzie?

—No lo sé, yo no soy de aquí.

—Ya sé que vives en el bosque, pero puedes venir a esta cafetería, ¿mañana?

Empiezo a comer los panqueques para no tener que responder a eso. Pero qué rico..., esto está delicioso. Tomo Coca-Cola y qué sensación más fascinante, siento cosquillas en mi garganta, pero está genial, me gusta. Él también comienza a comer. De vez en cuando nos miramos y sonreímos.

Cuando terminamos de comer, él me coge las manos y me mira. De nuevo siento que enloquece todo mi sistema nervioso. Pero poco a poco se estabiliza.

—¿Puedo volver a verte, Lizzie?

—Christopher, es la primera vez que salgo del bosque —él se sorprende—. Tengo que volver. Mi papá volverá pronto. No conozco nada ni a nadie, la mayoría de las cosas son extrañas para mí.

Él se queda mudo. Con la boca medio abierta, totalmente sorprendido. Sacude su cabeza y vuelve su rostro hacia el mío.

—Sé que no nos conocemos bien, pero quiero que sepas que jamás te haría daño. Sé que tienes que volver a tu casa y no te lo impediré, pero ¿no podrías volver pasado mañana a tu casa? Quédate —lo dice casi suplicando.

No sé, pero en ese momento ocurrió algo mágico. Fue como si mi mente se abriera y viera todo desde arriba. Me veía allí sentada frente a él. Sentía como si tuviera el control de mi vida. Como que podía sentirme segura y confiada al lado de él. Y de algo estaba completamente convencida: todo lo que mi papá me había contado sobre un Apocalipsis, las Rocosas, las torturas, etc. era mentira. Había vivido engañada todo este tiempo. Y lo peor de todo es que no entendía por qué.

—¿Qué dices? —vuelve a preguntar.

—Está bien... me quedaré. Pero no tengo dónde quedarme, no conozco...

—No te preocupes, te quedarás conmigo. Vivo en una pequeña casa cerca de aquí. No te faltará nada. Estarás segura.

Sacó dinero de su bolsillo y lo dejó en la mesa. Me cogió de la mano y salimos de la cafetería. Me sentía bien con él, en ese

momento no pensaba en nada más. Nos acercamos a un auto, me abrió la puerta y me senté en la silla. Él se subió al volante, lo encendió y me miró.

—Gracias, Lizzie —me dijo.

Y ahí estaba yo. En las *Rocasas*, en un auto y con el dueño de aquel rostro en mi mente.